

RECUERDOS DE FAMILIA

Un frío 19 de diciembre de 1842

Buscando entre los documentos, tomados especialmente de la formación permanente dada por don Domenico Saginario, junto unos datos que nos hacen sentir como una gran Familia, cuyo brote proviene de un humilde pueblo de montaña, incrustado en las laderas de los Alpes. El Espíritu Santo se encargó de infundirnos un hermoso carisma y un estilo que perduran a través de los años y se adaptan a nuestras naciones y culturas de los cinco Continentes. Con mucha alegría celebramos el cumpleaños del protagonista principal e instrumento de la Providencia para el pueblo guanelliano. Los datos recogidos narran que Luisito Guanella nació antes de medianoche, como a las 23, del 19 de diciembre de 1842, en un pueblito de montaña llamado Fraciscio, en la nueva casa de papá Lorenzo Guanella y de mamá María Bianchi.

No obstante el hielo y la nieve invernal, fue bautizado al día siguiente, en la Iglesia de Campodolcino (a media hora de camino, en bajada), por su primo, el P. Gaudenzio Bianchi. Su nombre entero de bautismo era Luis Antonio. Hacia fines de junio de 1849, recibió el Sacramento de la Confirmación

El 8 de abril de 1852, Jueves Santo, con sus 9 años, Luisito recibió la Primera Comunión, y luego fue a prolongar su acción de gracias a Jesús Sacramentado en un peñasco a forma de diván, junto al caserío de Gualdera; allí tuvo la visión de la Virgen María que le mostraba todo el bien que haría a lo largo de su vida y expresó firmes propósitos de bondad.

Otro acontecimiento importante de su niñez, en una ocasión de la fiesta de San Juan Bautista (24 de junio), fue el encuentro con un ancianito, el cual golpeaba las manos y le pedía los caramelos que estaba escondiendo entre la leña, antes de entrar en el templo para la Misa solemne. Estos dos episodios, como mensajes divinos, le marcaron la vocación para toda la vida: la de llegar a ser *Buen Pastor* y *Samaritano compasivo*. La niñez de Luisito fue también profecía de nuestra vocación guanelliana, porque gracias a estos signos providenciales, tenemos la dicha de pertenecer a su Familia carismática, con un interesante y majestuoso “Árbol genealógico”, que va más allá del “árbol” al que, por naturaleza, pertenece cada uno.

En el ambiente familiar de la casa de los Guanella, importantes eran los momentos de la noche, después de la cena, cuando la familia se reunía alrededor del fuego en el frío y largo invierno; se leían los episodios de la Biblia, la vida de los santos y se rezaba el santo Rosario. La fe, la oración, las devociones se conservaban en un ambiente de pueblo, sano y sabio. El viento, el sol, el frío, el silencio, y toda la espléndida naturaleza alpina, orientaban a Luis hacia la vida interior y al Padre Dios, creador de toda esa maravilla. Este ambiente templó al joven al coraje, a la solidaridad y al riesgo, en las tormentas y en la soledad, en el sacrificio y en el gozoso calor familiar. Una familia numerosa también exigía un régimen de vida frugal, una disciplina atenta y una obediencia pronta.

Describiendo la época de la niñez de Luis Guanella, don Domenico Saginario sintetiza:

- El ambiente es de montaña, religioso, sobrio, trabajador y solidario.
- La familia, numerosa, abierta y bien unida.
- El papá, una figura fuerte, inteligente, con autoridad, pero a la vez afectuoso.

- La mamá, de una sabiduría sencilla y popular, ordenada, de mucha fe, trabajo, sacrificios y digna pobreza.
- Los niños, insertados activamente en las relaciones y trabajos con los más grandes.
- La educación, radicada en la fe, afectuosa y con muchas presencias, serena, realista y abierta sobre todo a la caridad.
- Los valores, primero Dios, luego el respeto, seriedad en el trabajo, búsqueda de progreso, caridad para con los necesitados, vida de oración y sacramentos.
- Los lugares, la casa, la iglesia, los campos y los montes.

Mencionamos nombres (de mayor a menor), conocidos por la geografía mundial, que hoy pueden ser consultados en internet: Europa, Italia y Suiza, Lombardía, Lago de Como, Valtellina, Valchiavenna, Valle San Giacomo, Olmo, y los pueblos de Campodolcino y más arriba Fraciscio, en los Alpes italianos. Políticamente, en la época de la infancia y juventud de Luis, estaba en auge el “Risorgimento italiano” (Resurgimiento): el desarrollo del proceso de unificación política de Italia, con la victoria sobre Austria en 1859, llegando después a la declaración de la unidad italiana en 1861 y la conquista de Roma en 1870.

La biografía del Fundador, escrita por Vasco Lucarelli, describe grandes progresos en la región donde se encuentra el pueblo de Fraciscio: *“Entre los años 1820 y 1840 se abrieron las dos grandes rutas hacia el paso de Spluga y el paso de Stelvio (límite con Suiza), y en este mismo período se iniciaba la navegación a vapor en el lago de Como. Algunos años más tarde fue inaugurado el ferrocarril que unía Milán con la ciudad de Como y el tramo Chiavenna-Coira ... Estas novedades eran el efecto del empuje progresista del momento, favorecido oportunamente por el gobierno imperial de Austria”*.

Desde la ciudad de Chiavenna se llega al pueblo de Campodolcino y en seguida nos encontramos con la iglesia parroquial; luego se comienza a subir por un camino muy sinuoso, con muchas curvas cerradas, hasta que aparece Fraciscio como una cascada de casitas expuestas al sol, junto al torrente Rabbiosa.

Un poco más allá, subiendo por un sendero, está el caserío de Gualdera, a 1.500 metros de altura, entre praderas y arroyos. Allí habitaban los abuelos de Luisito, Tomás Guanella y María Buzzetti. Papá Lorenzo Guanella nació el 2 de abril de 1800, creció, se hizo adulto y formó su familia; por algunos años usó la casa del abuelo Tomás y de la abuela María. La mamá de Luisito, María Bianchi, nació en el pueblo de Samólaco (Valchiavenna), el 28 de diciembre de 1806. Se casaron el 21 de enero de 1824, papá Lorenzo tenía 23 años y ella 17 años. Vivieron en Gualdera por 8 años hasta que Lorenzo decidió construir su propia casa en Fraciscio, el año 1834, con nuevos criterios, linda, segura y bastante grande para una familia numerosa de 13 hijos, típica familia patriarcal de entonces. Luisito era el noveno.

Destacamos a su hermana Catalina, su predilecta, nacida el 25 de marzo de 1841, que lo acompañó por muchos años. Cuando eran chicos, a menudo jugaban juntos. En casa, como dijimos más arriba, en los inviernos largos, se leían vidas de santos y la Palabra de Dios y en todos crecían los sentimientos y valores cristianos, especialmente el amor por los pobres. Por eso, Catalina y Luis se alejaban de la casa y en los huecos de las rocas ponían tierra y agua, mezclaban, hacían barro, dividían en porciones y decían con sencillez infantil: *“Cuando seremos grandes, así haremos la sopa para los pobres”*. Catalina era una chica bondadosa, piadosa, de mucha virtud y oración. Luisito siempre la estimó como una santa, a tal punto de introducir, muchos años después, la causa de beatificación.

Juntos crecían en la fe, iban a la iglesia y a la escuela. Catalina, ya grande, fue al pueblito de Savogno para estar con su hermano, ahora el Padre Luis, y se quedó allí hasta que Don Guanella viajó a Turín para estar con Don Bosco. Entonces ella regresó a Fraciscio para ayudar a su mamá enferma.

Había llegado el verano, cuando Luisito bajaba del monte, transpirado y cargando sobre sus espaldas el pasto para los animales. Su papá le dijo: *Prepárate para estudiar, porque el P. Bianchi obtuvo pata ti un lugar gratuito en el Colegio Gallio*. El 7 de noviembre de 1854, fue el día del adiós. Por primera vez, Luis dejó Fraciscio para ir a la gran ciudad de Como, acompañado por su hermano Lorenzo, que estudiaba teología en el seminario diocesano.

Lo que nos “marca” en la infancia, “nos forma”

(escribió un cohermano nuestro, hablando de la familia de Luis).

De la experiencia con su papá, al Papá del Cielo.

En sus memorias autobiográficas, el mismo Padre Luis Guanella explica cómo, por medio de la familia terrena, le fue revelado el amor de Dios: describe las figuras de papá Lorenzo y de mamá María, remarcando que por ellos se iba formando en él la idea de Dios y se gestaba en su alma. Sabemos que papá y mamá cristianos, son los primeros en hablar al niño sobre el amor de Dios, por medio de su vida de esposos y las dinámicas que están dentro de la familia. Esto predispone a los hijos a acoger desde temprano la paternidad de Dios y desarrollar con el Señor una relación de filial confianza.

Por un cierto tiempo el pequeño Luis hizo experiencia de una vida familiar ampliada, con un estilo de vida rico, pero también con sus dificultades; todo giraba en torno al jefe de familia que exigía un espíritu de adaptación y continua dependencia, con la obediencia como regla fundamental.

Tal como aparece literalmente en su testimonio, su papá Lorenzo tenía un pronunciado sentido de la autoridad y tendía a ser impulsivo, enérgico, pero no era miope o cerrado; trabajador incansable, dotado de un temple resistente y una buena salud, estaba dotado de una perspicacia que llevaba a la familia a un discreto nivel de bienestar. Hábil en los negocios, serio, honesto, escrupuloso y muy religioso. Fue capaz de construir la casa para sí y para su numerosa familia, entró con buena suerte en el ambiente del comercio y también fue llamado en la administración del municipio vecino de Campodolcino. Dotado de una decidida personalidad, el hijo Padre Luis lo describe como uno que *“era siempre el último en hablar y la última palabra siempre era la suya en relación con la autoridad local o provincial, porque era consciente de su seguridad y justicia en sus ideas y propuestas”*. No debía ser tan fácil contradecir sus palabras, por su habilidad y fortaleza.

Sobre la mamá del Padre Luis, concuerdan todos los testimonios: primeramente era muy distinta del esposo. Bondadosa, conciliadora, sonriente, habitualmente benévola y paciente. También ella muy trabajadora, de muchos sacrificios, en casa y afuera, sostenida por una fe auténtica y coherente.

Los datos aquí señalados son pocos, pero útiles para establecer dos puntos: primeramente la contribución de estas dos personas para la formación de la personalidad del Padre Luis, que en la descripción de papá y mamá se presenta a sí mismo y va surgiendo la línea de su pensamiento teológico. Por eso, descubrimos en nuestro Fundador el principio de los rasgos de una personalidad consistente, sólida, firme y granítica, pero a la vez amable, afectuosa y generosa. En referencia a su pensamiento sobre Dios, que después será desarrollado en una buena visión teológica, surgirán algunos de estos rasgos que se ven en papá y mamá.

En especial afirmamos que de ese modelo de familia emerge en el Padre Luis la visión de un Dios Padre que ante todo es el “más grande”, grande en el darse, en la relación con los hijos. Es uno con el cual no se puede enfrentar y que siempre te sorprende; sin embargo se hace débil y se confía a las pobres manos de un sacerdote, como se expresará en sus escritos. El Omnipotente, el Señor de la gloria, que tiene en sus manos los destinos de los pueblos, es al mismo tiempo infinito e inerme. Es Dios, por sobre todo pensamiento nuestro, siempre más grande de lo que podemos imaginar y entender. Este Dios grande entra en relación conmigo, me busca, se alegra de mi existencia, me ama.

Por este modelo familiar, bajo la luz del Espíritu Santo, el Padre Luis introducirá la idea de un Padre Celestial que está presente y cuya presencia es condición de vida abundante; cuánto insistirá el Fundador sobre la presencia entre los pobres (método preventivo), y cuánto debemos pensar hoy sobre nuestra misión, por los cambios en la manera de llevar adelante las obras que a veces impiden nuestra presencia entre ellos.

Don Guanella presenta un Padre que es también fuerte y justo. Fuerte porque es la Verdad y conoce toda la realidad; justo, porque es el principio de unidad entre los hijos y actúa en las relaciones de fraternidad. Por eso es un Padre incapaz de mentira, de engaño o estafa: todo lo que viene de Él es seguro, confiable y podríamos decir “comestible”.

La teología del Padre Luis subraya en Dios también la característica de la firmeza en el sentido que no es un Padre con el cual se puede vivir inconscientemente despreocupado, a la buena; se trata de un Padre exigente por amor, cuyo objetivo es el crecimiento de los hijos, que pide un mayor nivel y superación. Medidas mediocres no lo satisfacen, pide compromiso, sacrificio, comprendiendo a la vez las debilidades.

La figura paterna de Luisito, en sus años de Fraciscio, habla también de que el Padre es la ley, una ley de verdad, pero al fin es ley, aún cuando el hijo no llegara a creer más en ella, en el período de su explosivo crecimiento.

Todos estos elementos y muchos otros, seguramente confluyen en el pensamiento de Don Guanella en los años de la infancia y el Espíritu, en esa tierra fecunda, infunde el carisma. Luego vendrá la riqueza pedagógica de la experiencia formativa en el período de 12 años, entre colegios y seminarios, antes de la ordenación sacerdotal, años intensos y duros, a veces intolerables para el espíritu del Fundador. Sin medios términos, Don Guanella sintetiza esos años con una imagen: *un pajarito en la jaula*. Él es el pajarito, la jaula es el seminario (como estaba estructurado en ese entonces). Jaula por el ambiente, el sistema, la absurda rigidez, la falta de relaciones, de aire y de luz. Sacará provecho de la mejor manera: reaccionando radicalmente, pidiendo en sus casas para los pobres un ambiente abierto y acogedor, alegre, no formal sino familiar, espacioso y sobre todo indulgente.

No fue inútil ni dañino el período formativo del Padre Luis, porque él mismo subrayó muchas veces la fecundidad y el provecho alcanzado; además vio, lamentablemente, la preocupación más por la estructura que por la persona, como si todos esos educadores que reconoce como excepcionales e incisivos, estuviesen atados a una impostación rígida, víctimas de un sistema tipo jaula. También esta experiencia hizo madurar en él la pregunta: ¿Cómo ama Dios? ¿Cómo educa? ¿Cómo cuida a sus creaturas?

Podemos responder a esta pregunta y cerrar esta reflexión con un pensamiento del Proyecto Educativo Guanelliano:

“Dios es un Padre que ama intensamente a todos los hombres como a hijos suyos queridos y los trata con una benevolencia tal que le lleva a establecer una alianza de amor. Tiene compasión de todos y de cada uno, y por todos se desvive, como

si cada hombre y cada mujer fuesen los únicos seres a quienes amar... piensa y protege de manera especial a los más frágiles y necesitados ... nos educa en todo tiempo y lugar con fuerza y ternura: acepta a cada uno tal como es ... porque cree y confía en el hombre, le pide que todos sus talentos den fruto". (PEG n. 7, pág.25).

Feliz cumpleaños de San Luis Guanella
19 de diciembre, 2017

P. Carlos Blanchoud